

Benito Pérez Galdós

El abuelo

Novela en cinco jornadas



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1986
Tercera edición: 2014
Tercera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Raimundo de Madrazo: *Retrato del Dr. Buchtz*. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid. © Album
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1986, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-8959-3
Depósito legal: M-15.932-2014
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Prólogo del autor
13	Dramatis personae
15	Jornada primera
67	Jornada segunda
111	Jornada tercera
179	Jornada cuarta
243	Jornada quinta

Prólogo del autor

A los lectores que con tanta indulgencia como constancia me favorecen debo manifestarles que en la composición de *El abuelo* he querido halagar mi gusto y el de ellos, dando el mayor desarrollo posible, por esta vez, al procedimiento dialogal, y contrayendo a proporciones mínimas las formas descriptiva y narrativa. Creerán, sin duda, como yo, que en esto de las formas artísticas o literarias *todo el monte es orégano*; y que sólo debemos poner mal ceño a lo que resulte necio, inútil o fastidioso. Claro es que si de los pecados de tontería o vulgaridad fuese yo, en esta o en otra ocasión, culpable, sufriría resignado el desdén de los que me leen; pero al maldecir mi inhabilidad no creería que el camino es malo, sino que yo no sé andar por él.

El sistema dialogal, adoptado ya en *Realidad*, nos da la forja expedita y concreta de los caracteres. Éstos se hacen, se componen, imitan más fácilmente, digámoslo así,

a los seres vivos, cuando manifiestan su contextura moral con su propia palabra, y con ella, como en la vida, nos dan el relieve más o menos hondo y firme de sus acciones. La palabra del autor, narrando y describiendo, no tiene, en términos generales, tanta eficacia, ni da tan directamente la impresión de la verdad espiritual. Siempre es una referencia, algo como la Historia, que nos cuenta los acontecimientos y nos traza retratos y escenas. Con la virtud misteriosa del diálogo parece que vemos y oímos sin mediación extraña el suceso y sus actores, y nos olvidamos más fácilmente del artista oculto que nos ofrece una ingeniosa imitación de la Naturaleza. Por más que se diga, el artista podrá estar más o menos oculto, pero no desaparece nunca, ni acaban de esconderle los bastidores del retablo, por bien contruidos que estén. La impersonalidad del autor, preconizada hoy por algunos como sistema artístico, no es más que un vano emblema de banderas literarias, que si ondean triunfantes es por la vigorosa personalidad de los capitanes que en su mano las llevan.

El que compone un asunto y le da vida poética, así en la Novela como en el Teatro, está presente siempre: presente en los arrebatos de la lírica; presente en el relato de pasión o de análisis; presente en el Teatro mismo. Su espíritu es el fundente indispensable para que puedan entrar en el molde artístico los seres imaginados que remedan el palpitar de la vida.

Aunque por su estructura y por la división en jornadas y escenas parece *El abuelo* obra teatral, no he vacilado en llamarla novela, sin dar a las denominaciones un valor absoluto, que en esto, como en todo lo que pertenece al

reino infinito del Arte, lo más prudente es huir de los encasillados y de las clasificaciones catalogales de géneros y formas. En toda novela en que los personajes hablan, late una obra dramática. El teatro no es más que la condensación y acopladura de todo aquello que en la Novela moderna constituye acciones y caracteres.

El arte escénico, propiamente dicho, ha venido a encerrarse en nuestra época (por extravíos o cansancios del público, y aun por razones sociales y económicas que darían materia para un largo estudio) dentro de un módulo tan estrecho y pobre, que las obras capitales de los grandes dramáticos nos parecen *novelas habladas*. Saltando de nuestras pequeñeces a los grandes ejemplos, pregunto: el *Ricardo III*, de Shakespeare, colosal cuadro de la vida y las pasiones humanas, ¿puede ser hoy considerado como obra teatral *práctica*? Hace un siglo lo representaba Garrick íntegramente, y existía un público capaz de entenderlo, de sentirlo y de asimilarse su intensísima savia poética. Hoy aquella y otras obras inmortales pertenecen al teatro ideal, leído, sin *ejecución*; arte que por la muchedumbre y variedad de sus inflexiones, por su intensidad pasional, en un grado que no resiste lo que llamamos público (mil señoras y mil caballeros sentaditos en una sala), difícilmente admite intermediario entre el ingenio creador y el ingenio leyente, que ambos creo han de ser ingenios para que resulte la emoción y el gusto fino de la belleza.

Que me diga también el que lo sepa si *La Celestina* es novela o drama. *Tragicomedia* la llamó su autor; drama de lectura es, realmente, y, sin duda, la más grande y bella de las novelas habladas. Resulta que los nombres exis-

tentes nada significan, y en literatura, la variedad de formas se sobrepondrá siempre a las nomenclaturas que hacen a su capricho los retóricos. Sólo tengo que decir ya a mis buenos amigos que, sin cuidarse de *cómo se llama* esta obra, humilde ensayo de una forma que creo muy apropiada a nuestra época, tan gustosa de lo sintético y ejecutivo, la acojan con benevolencia.

B. P. G.

Dramatis personae

DON RODRIGO DE ARISTA-POTESTAD, CONDE DE ALBRIT,
SEÑOR DE JERUSA Y DE POLAN, etc., abuelo de
LEONOR (NELL) y
DOROTEA (DOLLY).

LUCRECIA, CONDESA DE LAÍN, madre de Nell y Dolly, y
nuera del Conde.

SENÉN, criado que fue de la casa Laín; después empleado.

VENANCIO, antiguo colono de La Pardina; actualmente
propietario.

GREGORIA, su mujer.

EL CURA DE JERUSA (*don Carmelo*).

EL MÉDICO (*don Salvador Angulo*).

EL ALCALDE (*don José M. Monedero*).

LA ALCALDESA (*Vicenta*).

DON PÍO CORONADO, preceptor de las niñas Nell y Dolly.

CONSUELO, viuda rica, chismosa.

LA MARQUEZA, viuda campesina pobre.

EL PRIOR DE LOS JERÓNIMOS (*padre Maroto*).

La acción se supone en la villa de Jerusa y sus alrededores; las principales escenas en La Pardina, granja que perteneció a los Estados de Laín. Careciendo esta obra de colorido local, no tiene determinación geográfica el país ni el mar que lo baña. Todos los nombres de pueblos y lugares son imaginarios. Época contemporánea.

Jornada primera

ESCENA PRIMERA

Terraza en La Pardina. A la derecha, la casa; al fondo, frondosa arboleda de frutales; a lo lejos, el mar.

GREGORIA, *junto a la mesa de piedra, desgranando judías en la falda*; VENANCIO, *que viene por la huerta y se entretiene con un criado, observando los frutales. Son marido y mujer, de más de cincuenta años, ambos regordetes y de talla corta, de cariz saludable, coloración sanguínea y mirar inexpresivo. Pertenecen a la clase ordinaria, que ha sabido ganar con paciencia, sordidez y astucia una holgada posición, y descansa en la indiferencia pasional y en la santa ignorancia de los grandes problemas de la vida. El rostro de ella es como una manzana, y el de él, como pera de las de piel empañada y pecosa. No tienen hijos, y, cansados de desearlos, principian a alegrarse de que no hayan querido*

nacer. Se aman por rutina, y apenas se dan cuenta de su felicidad, que es un bienestar amasado en la sosería metódica y sin accidentes. Gruñen a veces y rezongan por contradicciones menudas que alteran la normalidad del reloj de sus plácidas existencias. En edad madura, viven donde han nacido, y son propietarios donde fueron colonos. Su única ambición es vivir, seguir viviendo, sin que ninguna piedrecilla estorbe el manso correr de la onda vital. El hoy es para ellos la serie de actos que tiene por objeto producir un mañana enteramente igual al de ayer. Visten el traje corriente y general, así en pueblos como en ciudades, muy apañaditos, limpios, modestos. Gregoria es hacendosa, guisandera excelente, tocada del fanatismo económico igual que su marido. Éste entiende de labranza y horticultura, de caza y pesca, de algunas industrias agrícolas y no es lerdo en jurisprudencia hipotecaria, ni en todo lo tocante a propiedad, arrendamientos, servidumbres, etc. Para entrambos la Naturaleza es una contratista puntual y una dispensera honrada, como ellos, prosaica, avarienta, guardadora.

En la mesa una cesta de hortalizas.

GREGORIA. ¡Eh..., Venancio!... Que estoy aquí.

VENANCIO. Voy... Más de cincuenta «duquesas» se han caído con el ventoleo de anoche.

GREGORIA. ¡Anda con Dios!... Deja las peras y ven a contarme... ¿Es verdad que...? (*Entra Venancio, respirando fuerte y limpiándose el sudor de la cabeza, trasquilada al rape. Gregoria espera impaciente la respuesta.*)

VENANCIO. ¡Brrr...!

GREGORIA. Pero, hombre, sácame de dudas. ¿Es cierto lo que han dicho? ¿Tendremos tarasca?

VENANCIO. Sí. ¿Has visto tú alguna vez que falle una mala noticia?

GREGORIA. (*Suspensa.*) ¿Y cuándo llega la señora Condesa?

VENANCIO. Hoy... Pero no te apures; se alojará en casa del señor Alcalde.

GREGORIA. Menos mal. (*Volviendo a desgranar.*) Pues otra... Si llega también el señor Conde, se juntarán aquí el agua y el fuego.

VENANCIO. Se pelearán hoy como ayer... Suegro y nuera rabian de verse juntos. Si no quedaran de uno y otro más que los rabos, ¡qué alegría...! ¡Por supuesto, al señor Conde habremos de alojarle!

GREGORIA. ¡Qué duda tiene! No faltaba más... Yo digo: ¿vienen y se topan aquí por casualidad..., o es que se dan cita para tratar de asuntos de la casa?... Porque, de resultas de la muerte del Condesito, habrá enredos...

VENANCIO. ¡Yo qué sé! La condesa Lucrecia vendrá, como siempre, a dar un vistazo a sus hijas.

GREGORIA. Y a pagarnos la anualidad vencida por el cuidado, manutención y servicio de las dos señoritas que puso a nuestro cargo... ¡Ah, ruin pécora...! Las tiene en este destierro para poder zancajear y divertirse sola por esos Parises y esas Ingalaterras de Dios... o del diablo... ¡Tunanta! Lo que yo digo, Venancio: comprendo que su suegro, el señor conde de Albrit, que es el primer caballero de España, ¡y que lo digan!, le tenga tan mala voluntad a esa condenada extranjera, de quien se enamoró como un tontaina su hijo (que

esté en gloria)... Lo que no me cabe en la cabeza es que parezca por aquí, si sabe que ha de hocicar con ella... O será que lo ignora... ¿Qué piensas, hombre?

VENANCIO. (*Revolviendo en la cesta de hortalizas.*) Pronto hemos de ver si vienen aposta los dos, o si la casualidad les hace empalmar en Jerusa... ¡Y que no traerán ella y él las uñas bien afiladas!... Créetelo..., hemos de ver por tierra mechones de barbas blancas o de pelos rubios, y tiras de pellejo..., porque si el conde don Rodrigo quiere a su hija política como a un dolor de muelas, ella en la misma moneda le paga.

GREGORIA. Yo digo lo que tú: el pobre don Rodrigo viene a que le demos de comer.

VENANCIO. Así lo pensé cuando supe su viaje.

GREGORIA. Es cosa averiguada que no ha traído de América el polvo amarillo que fue a buscar.

VENANCIO. Ha traído el día y la noche. Cuando embarcó para allá, había desperdigado toda su fortuna... Esperaba recoger otra, que le ofreció el Gobierno del Perú por las minas de oro que allá tuvo su abuelo, el que fue Virrey... Pero no le dieron más que sofoquinas, y ha vuelto pobre como las ratas, enfermo y casi ciego, sin más cargamento que el de los años, que ya pasan de setenta. Luego se le muere el hijo, en quien adoraba...

GREGORIA. ¡Infeliz señor!... Venancio, tenemos que ampararle.

VENANCIO. Sí, sí, no salgan diciendo que no es uno cristiano. ¡Quién lo había de pensar!... ¡Nosotros, Gregoria, dando de comer al conde de Albrit, el grande, el poderoso, con su cáfila de reyes y príncipes en su parentela, el que no hace veinte años todavía era dueño

de los términos de Laín, Jerusa y Polan!... Díganme luego que no da vueltas el mundo...

GREGORIA. (*Acentuando con un manojo de judías.*) ¿Oyes lo que te digo? Que tenemos que ampararle. Es nuestro deber.

VENANCIO. (*Filosofando con un tomate que coge de la cesta.*) ¡Qué caídas y tropezones, Gregoria; qué caer los de arriba y qué empinarse los de abajo! Claro; le amparamos, le socorreremos. Ha sido nuestro señor, nuestro amo; en su casa hemos comido, hemos trabajado... Con las migajas de su mesa hemos ido amasando nuestro pasar. (*Levántase con aire de protección.*) Pues sí: hay aquí cristianismo, delicadeza... (*Coge otro tomate y admira su belleza y tamaño.*) ¡Éstos son tomates, Gregoria!... ¡Que venga el cura refregándonos los suyos por las narices!... Pues sí, mujer: me da lástima del buen don Rodrigo.

GREGORIA. (*Contestando a la apología del tomate.*) Pero las judías no granaron bien. (*Mostrándolas.*) Mira esto... También a mí me aflige ver tan caidito al señor Conde. Parece castigo..., y si no castigo, enseñanza.

VENANCIO. Castigo, has dicho bien. Todo ello por no ser económico, y no pensar más que en darse la gran vida, sin mirar el día de mañana. Ahí tienes el caso, Gregoria, y pónselo delante a los que le critican a uno por la economía. En fiestas y viajes, en caballos y trenes, en convitazos y otras mil vanidades se le escurrieron al señor los bienes de la casa de Albrit, y parte de los de Laín, que eran de su madre. La casa venía empeñada de atrás, pues dicen las historias que ningún conde de Albrit supo arreglarse. Mira por dónde las culpas de todos las paga este desdichado. Ya ves: después que le dejan en

cueros los acreedores le falla el negocio de América; luego le quita Dios el hijo, y se encuentra mi hombre al fin de la vida, miserable, enfermo, sin ningún cariño... Es triste, ¿verdad?

GREGORIA. Ahora caigo en que viene a ver a sus nietas; sí, Venancio, anda en busca de un querer que dé consuelo a su alma solitaria...

VENANCIO. (*Cogiendo de la cesta una berenjena.*) Puede ser... ¿Y qué tienes que decir de estas berenjenas?

GREGORIA. No son malas... Lo que digo es que al señor Conde le atrae el calorcillo de la familia.

VENANCIO. Pero ya verás: mi don Rodrigo, buscando el agasajo, mete la mano en el nidal y toca una cosa fría que resbala... ¡Ay! Es el culebrón de la madre, es la extranjera, la mala sombra de la familia, pues desde que el conde don Rafael casó con esa berganta la casa empezó a hundirse. (*Poniendo en el cesto la berenjena con que acciona.*) En fin, que en tomates y berenjenas no hay quien nos tosa. Pero no sabemos qué vientos echan para acá al señor conde de Albrit.

GREGORIA. Él nos lo dirá. Y si se lo calla, no callarán sus hechos. (*Dando por terminada su tarea y pasando de la falda a un cesto las judías.*) No te descuides, Gregoria; que venga por lo que venga, tienes que prepararle una buena mesa... Ya es un respiro que la extranjera no se meta en casa.

VENANCIO. Y aunque viniera... Nunca está más de dos días o tres. Jerusa es muy chica, y ésa necesita tierra ancha para zancajear a gusto.

GREGORIA. (*Asaltada de una idea.*) ¡Ay, Venancio de mi alma, lo que se me ocurre! ¡No haber caído en ello ni

tú ni yo! ¿Apostamos a que doña Lucrecia viene a llevarse sus niñas?

VENANCIO. (*Permaneciendo largo rato con la boca abierta.*) Puede que aciertes... Ya son grandecitas... Mujercitas ya. Pues, mira, nos fastidia...

GREGORIA. ¡Hijo de mi alma, cuándo nos caerá otra breva como ésta!

VENANCIO. (*Paseándose meditabundo.*) No es mucho lo que nos pasa cada trimestre por cuidarlas y mantenerlas; pero algo es algo: rentita puntual, saneada... No, no; verás cómo no se las lleva.

GREGORIA. ¡Ea!, no nos devanemos los sesos por adivinar hoy lo que sabremos mañana. (*Dispónese a pasar a la casa.*)

VENANCIO. ¿Sabes tú quién nos lo va a decir? Pues Senén. Desde ayer está aquí.

GREGORIA. ¿Senén?... ¿El de la Coscoja?... Sí, las niñas me dijeron que le habían visto, y que está hecho un caballero.

VENANCIO. Empleado público, funcionario, como quien dice, nada menos que en las oficinas de Hacienda de Durante¹. Fue criado de la Condesa, que en premio de sus buenos servicios le ha dado credenciales, ascensos; en fin, que de un gaznápiro ha hecho un hombre.

GREGORIA. Le protege, según dicen, porque le servía de correveidile y de tapaenredos en sus...

VENANCIO. Chist... Cuidado..., puede llegar... Le espero... Ha quedado en traerme noticias.

1. La capital de la provincia.

GREGORIA. (*Bajando la voz.*) De tapadera en sus trapisondas amorosas... Ello es que siempre que nos visita la señora recalca Senén, y no la deja vivir con su pordioseo impertinente: que si la recomendación, que si la tarjeta al jefe, que si la carta al ministro o al demonio coronado... Y como la tal Condesa es persona de grandes influencias y trae a los personajes de allá cogidos por el morro...

VENANCIO. Senén es listo; se cuela por el ojo de una aguja. Pues me ha contado que doña Lucrecia salió de Madrid el 12, y que de aquí irá a visitar a los señores de Donestevé en sus posesiones de Verola. Todo lo sabe el indino. Él es quien ha dicho al Alcalde que la señora llega hoy, y... ¡Ah, pues se me olvidaba lo mejor! Le harán un gran recibimiento, por los grandes beneficios y mejoras que Jerusa le debe.

GREGORIA. ¡Festejos! ¡Y aquí no sabíamos nada!... Y de esta visita del Conde, ¿tenía Senén conocimiento?

VENANCIO. ¡Pues no! Como que se le han respingado las narices de tanto olfatear, de tanto meterlas en todos los secreticos de la casa en que sirvió antes de andar en oficinas. Se cartea con marmitones y cocheros de la casa de Laín, y allí no vuela una mosca sin que él lo sepa.

GREGORIA. (*Alegre.*) Pues ése, ese pachón de vidas ajenas nos ha de sacar de dudas.

VENANCIO. Ya tarda... Me dijo que a las diez. Ha ido a telegrafiar al jefe de la estación de Laín y al Alcalde de Polan...

GREGORIA. (*Mirando a la huerta.*) Me parece que está ahí... Alguien anda por la huerta llamándote.

VENANCIO. Él es... (*Llama.*) ¡Senén, Senén, chicoooo...!

ESCENA II

GREGORIA, VENANCIO y SENÉN, *de veintiocho años, más bien más que menos, vestido a la moda, con afectada elegancia de plebeyo que ha querido cambiar rápidamente y sin estudio la grosería por las buenas formas. Su estatura es corta; sus facciones aniñadas, bonitas en detalle, pero formando un conjunto ferozmente antipático. Pelito rizado; chapas carminosas en las mejillas; bigote rubio retorcido en sortijilla. Lucha por su existencia en el terreno de la intriga, olfateando las ocasiones ventajosas y utilizando la protección y gratitud de las personas a quienes ha prestado servicios de ínfima calidad, sobre los cuales guarda cuidadoso secreto. Ya no se acuerda de cuando andaba descalzo y harapiento por las mal empedradas calles de Jerusa. Nacido de la Coscoja, viuda pobre que adormecía sus penas emborrachándose, Senén vivió de la caridad pública hasta que fue recogido por los condes de Laín, que lo pusieron en la escuela y después le tomaron a su servicio. Fue pinche de cocina, escribiente, ayuda de cámara hasta que su agudeza, reforzada por ardiente ambición de dinero, le emancipó de la servidumbre. En diversos trabajos y granjerías hubo de probar fortuna: viajante de comercio, corredor de vinos, administrador de periódicos, y, por fin, la Condesa le abrió los espacios de la Administración pública con un destinillo en Hacienda, al que siguieron ascensos, comisiones y otras gangas. Compensa la cortedad de su inteligencia con su constancia y sagacidad en la adulación, su olfato de las oportunidades y su arte para el pordioseo de recomendación. Su egoísmo toma más bien formas solapadas que brutales, y, para disimularlo, el instinto, más que la voluntad, le sugiere la economía,*

y todo el ahorro compatible con el lucimiento y afeite de su persona. Guarda su dinero, y se apropia todo lo que sin peligro puede apropiarse. En lo que es ostensible, o sea, en el comer, gasta lo indispensable, reservando casi todo su peculio para el coram vobis. Su vicio es la buena ropa, y su pasión, las alhajas; lleva constantemente tres sortijas de piedras finas en el meñique de la mano izquierda, y al llegar a Jerusa ha sacado a relucir un alfiler de corbata que es, ¡ay!, la desazón de sus compatriotas de ambos sexos.

SENÉN. Allá voy. Estaba mirando las peras... (*Entra en la terraza.*) Hola, Gregoria; usted siempre tan famosa.

GREGORIA. ¡Y tú, qué guapo... y qué bien hueles, condenado! Estás hecho un príncipe.

SENÉN. Hay que pintarla un poquillo, Gregoria. Es uno esclavo de la posición.

VENANCIO. (*Impaciente.*) Vengan pronto esas noticias.

SENÉN. La Condesa llegará a Laín en el tren de las doce y cinco. He tenido un parte. (*Mostrándolo.*) Se lo he llevado al Alcalde, que no estaba seguro de la hora de llegada.

GREGORIA. Y don José irá a esperarla en su coche.

VENANCIO. Claro.

SENÉN. (*Sentándose con indolencia. Se cuida mucho de emplear un lenguaje muy fino.*) Y el Municipio, ¡oh!, le prepara un gran recibimiento, una ovación entusiasta.

GREGORIA. ¡A tu ama!

SENÉN. A la que fue mi ama. ¡Estaría bueno que no se hicieran los honores debidos a la ilustre señora, por cuya influencia ha obtenido Jerusa la estación telegrá-

fica, la carretera de Jorbes, amén de las dos condonaciones!

GREGORIA. Puede que, si hay festejos, tengamos aquí a doña Lucrecia más tiempo del que acostumbra.

SENÉN. Creo que no; está invitada a pasar unos días en Verola con los señores de Donesteve.

VENANCIO. Y del Conde, ¿qué me dices?

SENÉN. Que Su Excelencia debió llegar a Laín anoche o esta mañana en el primer tren. De modo que no me explico..., digo que no me explico, mi querido Venancio, que no le tengas ya en tu casa.

GREGORIA. De fijo habrá ido a Polan a visitar el sepulcro de su esposa, la condesa Adelaida.

VENANCIO. Bueno, Senén. Tú, que todo lo sabes..., naturalmente, has vivido en la intimidad de la familia, conoces sus costumbres, la manera de pensar de cada uno, sus discordias y zaragatas, dinos...: don Rodrigo y su nuera, ¿se encontrarán aquí por casualidad, o es que...?

SENÉN. (*Seguro, dándose importancia.*) No; se han dado cita en Jerusa.

GREGORIA. ¿Cómo es eso? ¿Y para qué se citan los que se aborrecen? ¿Qué hacen?

SENÉN. Lo contrario de lo que hacen los que aman. Los amantes se acarician; éstos se muerden.

VENANCIO. Vamos, es al modo de un desafío... Dicen: «En tal parte, a tal hora, nos juntamos para rompernos el bautismo».

GREGORIA. Será que el señor Conde, que no ha visto a su nuera desde que él embarcó para el Perú, querrá ajustar con ella alguna cuenta...